

ABEJA ESPAÑOLA.

Num. 54. Miércoles, 4 de Noviembre. 5 qtos.

INFLUXO DE LA ESCLAVITUD SOBRE EL CARACTER MORAL DEL HOMBRE.

Concluye el artículo del núm. 49.

El apático é indolente Turco nos ofrece un exemplo bien notable de esta verdad. Su embrutecimiento, su imperturbable fanatismo, la sombría circunspeccion de su conducta, y la increíble paciencia con que tolera toda la insolencia de un despotismo teocrático, son efectos del estado de esclavitud en que vive. Incapaz de nada grande, insensible al honor, extraño á la gloria, y sin seguridad ni aun en su propia existencia; su vida es una opresion continua, una cadena de sufrimientos, y un insípido viage sin objeto y sin agrado. El solo placer (el amor) que el sistema bárbaro baxo que vive, le permite

disfrutar con mas independencia, los negros sentimientos que hace nacer en el alma el envilecimiento de la esclavitud, se lo transforman en inquietud y amargura. Forzado á vivir en medio de sus mugeres, y á substraerse á una sociedad enemiga de quanto hace agradable el existir, teme de los demas hombres los efectos de esta atrocidad de carácter, que las pasiones exáltadas engendran en su mismo corazon.

El estupor en que yacen las naciones orientales no conoce otra causa que el despotismo del gobierno, que las ha reducido á una reunion de hombres contenidos por el temor y las preocupaciones, extraños á toda virtud, é incapaces de ningun sentimiento generoso. Tales son los efectos de la arbitrariedad, y el despotismo sobre la moral de los hombres.

¡JESUS! ¡JESUS, QUE MENTIRA!

No hay cosa que mas incomode á la gente sesuda que oír mentir: bien

que mentir con provecho en dictámen de varios ya tiene otro ver, y como que disculpa de algun modo á los mentirosos.

Por esta sencilla consideracion, es menester llevar en paciencia el gracioso mentir de algunos que por sus fines nos las embocan.... ¡pero muy gordas!

En una numerosa concurrencia de patriotas de conveniencia, donde habia de toda especie de animales, vi yo dias pasados unas cosas tan chuscas, que á decir verdad, me tuvieron alegremente entretenido un largo rato.

Un hombre de tomo y folio, vestido de militar, con tres galoncitos, (por adorno) negros y ensortijados vigotes, morrion á la romana, botas y espuelas (que son cosas chistosas quando se está en visita), referir con mucha prolixidad las infinitas batallas en que se habia hallado, los tajos y reveses con que en distintas ocasiones habia escarmentado á los *gabachos*; las acertadas maniobras que

habia dirigido, los prisioneros hechos, los caudales que salvó; y despues de todo esto recaia sobre el atraso que sufría en su carrera.... Pero yo, que le conocia como un permanente habitador de quarteles de invierno, que jamás vió las barbas al enemigo, decia callandito al oírle vomitar tantas soñadas proezas.

¡Jesus! ¡Jesus, que mentira!

Vean vds., decia otro carilargo y espiritado, que parecia un alcalde mayor, ¿Como es posible que yo lleve en paciencia que se estén dando togas á mil abogadillos del *diluvio*, sin experiencia, sin erudicion, y lo que es mas sin conocimiento de mundo, despreciando mi relacion de méritos, que tiene pliego y medio de letra de imprenta? ¡Que he jurado! ¡que he servido á los franceses! ¿y que soy yo el primero? y luego, no es bien público la violencia con que me hicieron admitir y jurar la plaza que he desempeñado entre ellos? Yo le oia; y como tengo buenos datos para estar persuadido que los franceses á nadie

han puesto el puñal al pecho para que les sirvan, y que el que lo ha hecho ha sido por su conveniencia y voluntad, pues á ninguno han cerrado la puerta para que tomase viento fresco; decia callandito.

¡Jesus! ¡Jesus, que mentira!

¡Yo no puedo admitir semejante empleo! exclamaba otro de la especie de los *mequetrefes*. ¡Es linda gracia! Consideren vds., señores, venirse ahora á conferirme plaza de oficial en la secretaría de... sin haberlo yo pretendido! No se hacen el cargo, de que ni puede acomodarme, ni es tiempo este de admitir unos destinos de tal responsabilidad y trabajo: y mucho mas estando las pagas... á bien que vds. saben lo que es ser empleado en España: es la última desdicha: voy á renunciar al instante. — Como yo sabia que el tal perillan habia andado balando por empleo, y que recientemente existia en cierta secretaría el memorial, en que con lágrimas, suspiros y sollozos pedia humildemente el empleo que es-

taba fingidamente despreciando, me reia de su conducta ridícula; y á cada palabra que soltada, decia *callandito*:

¡Jesus! ¡Jesus, que mentira!

Un pobreton perdulario desde que nació hacia alarde de que por *patriotismo* habia abandonado su *opulenta casa*, sus *haciendas*, y el caudal que disfrutaba en su nativo suelo: otro pelagatos, que por chupar la melopía, quando ya no podia hacerlo entre los *gabachos* á bragas enxutas, se vino por acá, atribuia á su *patriotismo* una resolcion tan *heróica*: un reverendo, que aventado del nido, mudó de ayres para recobrar la pasada buena vida, atribuia esto á su cristiana inclinacion y santo modo de pensar: en fin, hubo en la comparsa quienes asegurasen que si habian admitido honoríficos empleos, comisiones lucrosas, distinciones y prerogativas de los patriotas, habia sido por *puro patriotismo*: pero yo, que estaba ya cansado de oír á tantos hi-

pocritones, prorumpí en muy alta voz....

¡Jesus! ¡Jesus, que mentira.

PUERTA DEL SOL.

Dícese con relacion á cartas de Cádiz que se trataba allí nada ménos que... ¡vaya, si da miedo el decirlo! de poner un pleyto á Dios. Parece que un piadoso sugeto, fundándose en la Constitucion, quiso sostener que el producto del Voto de Santiago era de Dios; y que tratándose de un negocio tan delicado, como de un punto que versaba entre Dios y los hombres, no debia entender el Congreso, sino los tribunales de justicia. Ergo, si se decidiese el asunto con arreglo á esta opinion, cátenme vds. á su divina Magestad en manos de nuestros letrados, á riesgo de que volviera á repetirse el grande acontecimiento de la crucifixion, si no fuera por su infinito poder; y aun así, ¡quién sabe como saldria de entre tales manos!

Albardas del Pueblo.

¡Jesus, que gentío! (llegó uno diciendo) ¿no ven vds. que bullicio y que confusion? ¿y que me dicen vds. de aquel tablado? ¡vaya, no parece sino que lo han puesto para tentar á uno! estaba por tomar carrera desde aquí, encaramarme sobre él, y decir quatro verdades al pueblo: no hay remedio, allá voy.— *Téngase vd.*, le dixerón agarrándole por el brazo. — ¿Como que tenerme? no hay remedio: y en esto escúrrese de entre las manos de todos, corre, y, de un salto, medio se encarama, y por fin pónese de pie sobre el tablado. ¡Dios ponga tiento en tus manos! le diximos; pero él desentendiéndose de todo, y levantando la voz, empezó: “Con vd. quiero habérmelas, señor *Pueblo*, con vd., sin quien no puede haber nacion ninguna, porque á lo ménos es vd. las tres quartas partes de cada una: así es que la fuerza reside en vd., y por lo tanto es quien lleva y debe llevar las cargas.

(*Se continuará.*)

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1812.